

Medicina Militar y creación literaria

Comentarios a tres novelas y a un «serial» de televisión

Juan Hernández Giménez *

RESUMEN

El autor comenta tres novelas históricas que tienen en común que sus protagonistas son médicos de las Fuerzas Armadas, en las guerras navales del siglo XVIII, en las campañas de Napoleón y en la Segunda Guerra Mundial, son: El camino de la vida, de Alcalá López; Napoleón y un millón de muertos, de André Soubiran; y La bandera invisible, de Peter Banm.

SUMMARY

The author comments three novels that have in common their protagonists, military and navy surgeons, in the naval wars of XVIII century, campaigns of Napoleon and Second World War; They are El camino de la vida of Alcalá López, Napoleón et un million de morts of André Soubiran y Die unsichtbare Flagge, of Peter Banm.

LA vida heroica y sacrificada de los médicos militares, que comparten las penalidades de las guerras para aliviar los sufrimientos de sus víctimas ha sido pocas veces inspiradora de la creación artística y literaria. En los relatos novelísticos y en los guiones cinematográficos sobre temas bélicos no faltan capítulos que reseñan el paso de los heridos por los hospitales de sangre; pero son raros los que tienen como argumento básico las vicisitudes de médicos, cirujanos y sanitarios en su quehacer sufrido, en los llamados con lenguaje enfático y literario campos de batalla y según el formulismo frío de los Estados Mayores, teatros de operaciones.

EL Dr. Huertas García-Alejo, del Instituto «Arnao de Vilanova» de Historia de la Medicina (1) ha comentado ampliamente y con profundidad conceptual y pragmática la novela de Emilio Zola, LA DEBLAQUE, penúltima de las veinte

publicadas de la serie «Les Rougon Marquart»: en ella cuenta todas las vicisitudes de la asistencia médica en el ejército de Mac Mahon en la guerra franco-prusiana de 1870. Uno de los protagonistas de la novela, Bouruche, médico mayor, cirujano jefe del 106 Regimiento, opera sin descanso, en un hospital de sangre improvisado. Esto da pie a Zola para describir la cruenta realidad de unas jornadas operatorias en circunstancias adversas. De acuerdo con el «Naturalis-

mo» descriptivo que él preconiza, se recrea en contar con todo lujo de detalles una desarticulación escapulo-humoral realizada con la técnica y la rapidez recomendada para las operaciones que se hacían antes del advenimiento de la anestesia, aunque ya Bouruche ha empleado cloroformo y probablemente en la batalla de Sedán se operaba de forma más reposada, aunque menos espectacular y literariamente menos esperpéntica.

Tanto el encomiable artículo del Dr. Huertas, como el hecho de emitirse en la televisión española la serie MASH, también de ambiente médico-militar en época de guerra, creación artística de estilo literario radicalmente opuesto al «Naturalismo» zoliano, me ha impulsado a comentar tres narraciones histórico-ficticias, cuyos protagonistas son médicos militares de los siglos XVIII, XIX y XX, sin pretender introducirme en consideraciones conceptuales de Arte y Medicina, todo lo más con la mínima pretensión pragmática de proporcionar al lector de Medicina Militar una

* General Subinspector Médico.

También es cierto que en MASH no se hace burla del correcto quehacer médico ni del sentido humanitario de la labor sanitaria, por lo menos en los episodios que yo he visto que no han sido todos.

De índole opuesta son tres obras muy singulares de creación literaria que tienen como argumento básico los avatares de médicos militares que actuaban como tales en guerras ya pasadas y que quiero comentar porque son de actualidad en cuanto sirven de réplica a la serie MASH, son: *Die unsichtbare Flagge*, La Bandera Invisible de Peter Bamm, segunda guerra mundial; *Napoleón et un million de Morts*, Napoleón y un millón de muertos, de André Soubiran, campañas napoleónicas; y *El camino de la vida*, del Dr. Antonio Alcalá López, guerras navales del siglo XVIII. Las dos primeras han sido hace unos años comentadas en revistas militares extranjeras, pero de la última que obtuvo el premio Ciudad de Marbella en 1978 no ha aparecido, que yo sepa ningún comentario ni en revistas de Medicina Militar ni Medicina Naval y bien lo merece por su argumento, belleza literaria y documentación histórica; de esta novela nos ocuparemos con mayor extensión por considerarla, yo diría, de lectura obligatoria para los médicos de la Armada.

DIE UNSICHTBARE FLAGGE,

de Peter Bamm (7)

LA bandera Invisible, es el relato de todas las peripecias de una Compañía de Sanidad, de la División de Infantería alemana, que avanzó en Rusia hasta rebasar Crimea y llegar al Cáucaso y que luego retrocede y se retira con más o menos orden hasta el final de la guerra. El autor define su obra con el subtítulo de «Ein Bericht», un informe y es como un diario de operaciones de esa compañía, muy ajustado a la realidad, si no fue exactamente real, pero adornado y completado con galanura literaria y expresiones subjetivas que no tienen cabida en los fríos diarios de operaciones. Recorrió doce mil kilómetros, instaló unas cincuenta veces su «Hauptverbandplatz» o puesto de Socorro Divisionario y curó a ocho mil heridos en cuatro años de campaña.

Peter Bamm (1897-1975) es un gran novelista alemán, cirujano médico de la Marina Mercante, psicólogo,

orientación para lecturas curiosas, que tal vez le sirven para el buen quehacer sanitario, que es el arte de prevenir y prevenir, tan necesario a la Medicina Militar.

Comenzaremos con un corto comentario sobre el «tele-film» MASH.

MASH

ACTUALMENTE se proyecta en la Televisión Española un «serial» bufo, de extraño humor, cuyo escenario y ambiente es un hospital de campaña americano en la guerra de Corea; su título es MASH, siglas, según creo, de *Military Advanced Surgical Hospital*, producida por Burt Melcalfe y dirigida por Alan Alda y Larry Gelbart, con el asesoramiento médico del Dr. Walter D. Dishell.

Es muy difícil que un médico militar que ha conocido el ambiente real de un Hospital de Campaña, en plena guerra, tanto en los periodos de gran actividad bélica y por lo tanto de trabajo agotador y en otros tranquilos y reposados, pueda juzgar serenamente este serial, dirigido al gran público, que no vivió la guerra, sin más propósito que el de hacer reír. Es cierto que en los puestos de socorro de las líneas avanzadas, en los periodos de descanso, como contraste o contrapunto a las fases de elevada tensión psíquica, se reaccionaba con más intensidad que en otras situaciones a los estímulos relajantes y de humor; se alegraba uno por motivos fútiles y se sentía una gran disposición a disfrutar con bromas o payasadas colectivas. Probablemente los inspiradores de este engendro televisivo conocieron los avatares de un hospital de primera línea, pero la vida en los puestos de Socorro «sanitarios del sufrimiento silencioso y resignado», según expresión del Medecin General J. Rieux, en el precioso capítulo V de la «*Historiem du Service de Santé Militaire et du Val-De-Grace*», no merecen el tratamiento bufo (3).



Fig. 1. — Portada de la novela que narra las vicisitudes de una Compañía de Sanidad alemana en Rusia.

viajero, combatiente de la Primera Guerra Mundial, sirvió a su patria en la Segunda como médico militar, aunque tal vez no fuera cirujano de un «Hauptverbandplatz» durante toda la duración de la contienda. Cuenta en su relato ficticio o informe real la angustia emocional que conllevan las decisiones quirúrgicas de la cirugía de primera línea, cuando hay que mutilar miembros para salvar la vida; los problemas que plantea la elección de los lugares adecuados para instalar los Puestos de Socorro Divisionarios; las preocupaciones por conseguir la rápida evacuación de los heridos; la actitud y los roces con los mandos a los que estaba subordinado; y por último las relaciones humanitarias y complejas con los prisioneros de guerra heridos, con el personal sanitario del enemigo y en conjunto con el pueblo ruso, vencido en la primera parte de su relato y vencedor en los últimos episodios o capítulos de su novela.

Para un Médico Militar, que como tal haya vivido la guerra y aún más si ha conocido la última y precisamente en las llanuras rusas, heladas, embarradas o polvorientas, la novela o relato de Peter Bamm resulta apasionante; pero además le confirma que tanto él, como sus compañeros médicos en esa campaña, fueron también fieles a esa **bandera invisible** de mitigar los sufrimientos de otro ser humano, que junto a la bandera patria debe ondear y

siempre ha ondeado en los puestos sanitarios, en paz y en guerra, en todas las épocas y en todos los países.

NAPOLÉON ET UN MILLION DE MORTS,

de André Soubiran (8)

NAPOLÉON y un millón de muertos, es un relato histórico, edificado alrededor de diecisiete cartas, por supuesto ficticias, como imaginadas por el propio Soubiran, que un cirujano militar francés a quien llama Jean Baptiste Turiot, escribe a Napoleón desde 1796 a 1814, exponiéndole los problemas más acuciantes de la asistencia a los heridos, así como las justas aspiraciones de los cirujanos y médicos de los ejércitos.

Dirige la primera carta al «citoyen general Bonaparte» el 30 Thermidor del año V, siendo «chirurgien aide-major de deuxième classe» del ejército de Italia; otras cartas las envía al Primer Cónsul y las últimas a Votre Majesté Imperial et Real.

El epistolario de Turiot termina con una carta fechada a 10 de junio de 1814, cuando Napoleón ha abdicado y está en la isla de Elba y él, cirujano mayor de la Guardia, herido y hecho prisionero por las fuerzas rusas y prusianas que invaden Francia, que salva su vida gracias a los cuidados de un cirujano ruso y ya liberado pasea por París, con mediosueldo, sus añoranzas de la guerra, su odio a las traiciones y su fidelidad al emperador y al gran cirujano el barón del Imperio Dominique Larrey. Le pide a Napoleón que le acepte, en Elba, como cirujano a su servicio.

André Soubiran es un médico francés, historiador, novelista, quien ya en el año 1935 obtuvo el premio Larrey de la «Académie de Médecine», por una obra sobre Avicena y en el año 1943, el premio Theophraste Renau-

dot por otro relato o diario de guerra «J'étais médecin avec les chars», aunque su mayor fama la adquirió por su obra «Les hommes en blanc».

En el relato histórico que ahora comentamos, a más de las diecisiete cartas que Soubiran escribe y atribuye a Turiot, el propio Soubiran, con todo el respeto debido y «como humilde, obediente y fiel servidor», en el año 1969, le dirige tres misivas o informes a su Majestad Imperial y Real; en ellas inculpa, pero también disculpa al Emperador de que, en sus campañas, no dispusiera siempre de un servicio de asistencia a los enfermos y heridos adecuado, no por su falta de interés, que la leyenda negra le imputaba, ni por no haber estado bien asesorado por las figuras extraordinarias de un Larrey, de un Percy o de un Desgenettes, sino por sus condescendencias, con las prepotentes intendencias y comisarías de guerra, posiblemente deshonestas, pero ciertamente no imbuidas del hondo valor de la asistencia a heridos y enfermos, en las advesas circunstancias de las guerras.

En la última carta que Soubiran «escribe» al Emperador, le informa, para que descansa, en su tumba, de porfirio rojo, bajo la cúpula de los Inválidos sin remordimiento, que Seditot, cirujano de las ambulancias en la guerra de Argeria (1830), Scrive, «médecin en chef de la expédition a Crimée» (1854), Hipólito Larrey, hijo de su fiel Dominique Larrey, Jefe de los Servicios de Sanidad de la Guerra de Italia (1859) y Lucas-Champoniere, cirujano durante la guerra franco-prusiana (1870) se quejan todos de la falta de medios materiales y humanos para actuar correctamente en la asistencia a los heridos de la guerra.

Y también le dice que aún, en la Primera Guerra Mundial, una comisión del Parlamento Francés, en sesión secreta, hace ver la insuficiencia de medios del servicio de Sanidad en determinadas operaciones; con este motivo en 1917 el «Journal Officiel de la République» concede al Servicio de Sanidad Francés la autonomía vanamente reclamada por Larrey y por Percy cien años antes.

Y Soubiran agrega otro dato curioso, que considera oportuno comunicar a Napoleón I, para su tranquilidad en su olimpo de ultratumba, que aún en la Segunda Guerra Mundial, y en el ejército mejor organizado, el gran cirujano alemán Hans Killian, consultor del XVI, que invade Rusia, se lamenta de la falta de previsión para proteger contra el frío, con el equipo personal adecuado a los heridos ale-

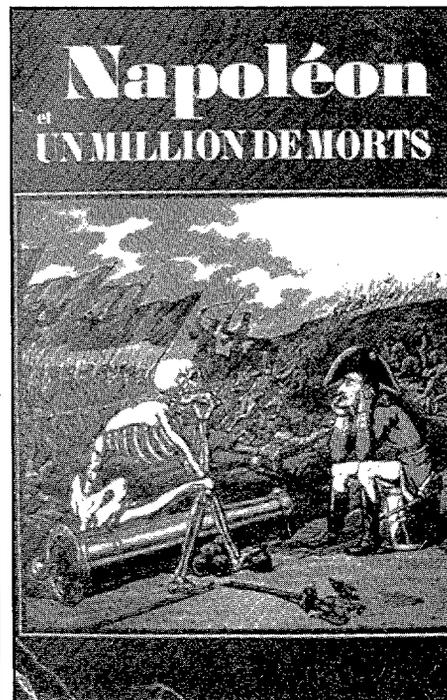


Fig. 2. - Portada de la historia novelada del Servicio de Sanidad en las campañas de Napoleón. Reproduce un grabado de Thomas Rowland titulado LOS REYES DEL TERROR.

manes en el primer invierno de la guerra.

Puede quedar disculpado Napoleón, pues «l'incohérence ou insuffisance de la administration militaire est de toutes les armées et de tous les temps». Pero ¿será posible que sea siempre lo mismo?

«A vous, Sire, qui connaissez si bien les hommes je me permets de poser la question». Así termina la última carta y la obra de André Soubiran.

Pero queremos agregar que ésta tiene una información bibliográfica completísima, propia de una obra histórica y las cartas ficticias del cirujano militar Turiot son apostilladas con datos ciertos, cuidadosamente recogidos. El capítulo XI lo dedica a la campaña de España y merecería un comentario más extenso; en él hay datos bibliográficos y episodios que quizás no sean conocidos de los historiadores españoles (tal vez, las memorias del farmacéutico ayudante mayor de la guerra d'Espagne», de A. L. Fee) (6).

EL CAMINO DE LA VIDA. Años Felices,

Dr. Antonio Alcalá López

EL Dr. Alcalá López es un prestigioso oftalmólogo de Málaga cuyas vinculaciones al Ejército y a la Marina se reducen a ser hijo de un militar profesional y haber estudiado en la Facultad de Medicina de

de la Granada de esos años, adonde es enviado para estudiar en un Colegio Mayor y obtener el grado de Bachiller en Filosofía en la Universidad granadina.

La segunda parte de la novela la dedica el autor a narrar la vida del protagonista durante sus años de colegial en el REAL COLEGIO PARA CIRUJANOS DE LA ARMADA como una interrupción de sus estudios, pues, aun siendo colegial, fue agregado a la expedición desafortunada, enviada a Argel en la flota de Don Pedro González de Castejón, con las tropas de desembarco que mandaba el general hispano irlandés O'Reilly. Como cirujano mayor de esta expedición figuraba Don Francisco Canivell, profesor del Colegio de Cirugía de Cádiz. El relato que hace el Dr. Alcalá de la actuación de este cirujano, curando heridos en una cámara del navío San Francisco, tiene la grandeza heroica del drama de la guerra naval de todas las épocas.

En la novela, a más de reflejar la vida social de Cádiz, describe con amenidad encomiable, pero ajustándose a la realidad histórica lo que era el Real Colegio de Cirugía, en su época de esplendor, cuando aún vivía Pedro Virgili, aunque la dirección del colegio la delegara en Canivell, con edificio nuevo, aulas espaciosas, biblioteca, jardín botánico, todo junto al hospital; comenta los trabajos que se hacían en los distintos cursos y nos da una imagen viva de los profesores.

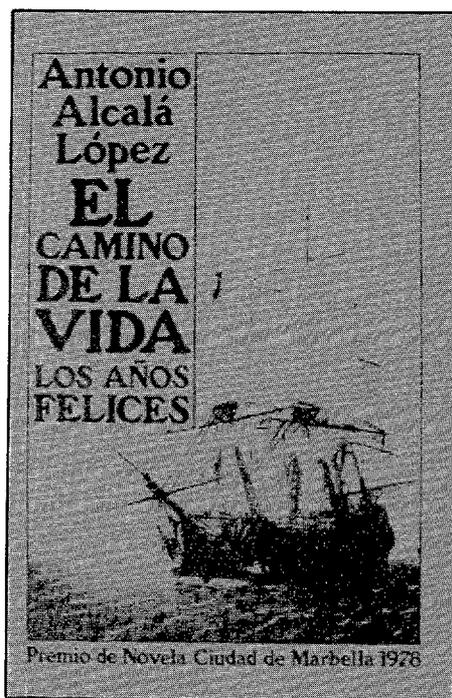


Fig. 3. - Portada de la novela que cuenta los avatares de un médico de la Armada en el siglo XVIII.

Cádiz que es la continuidad histórica del Real Colegio para Cirujanos de la Armada, fundado por Pedro Virgili en 1748, posiblemente la institución sanitaria más importante del siglo XVIII y el punto de partida de la modernización de la enseñanza médica en España (2, 4, 5).

La novela del Dr. Alcalá, según se lee en la contraportada del libro, es «una amplia visión de la Andalucía de Carlos III a través de las falsas memorias de un Médico de la Armada», sería, pues, una novela histórico - costumbrista y efectivamente lo es en parte; pero si tuviera que reducir a una escueta síntesis «El Camino de la Vida, Años Felices», yo diría que es «una visión documentada y literaria de la Marina Española en su época de más esplendor, cuando han comenzado a convertirse en realidad los proyectos de Patiño y del Marqués de la Ensenada, todo a través de las memorias de un Médico - Cirujano de la Armada, en el renacer de la ciencia médico - quirúrgica española gracias a los impulsos de un gran renovador médico, Pedro Virgili, y una glosa de los episodios bélicos navales de la España de Carlos III, en la que interviene el protagonista, un hidalgo malagueño, convertido en cirujano de la Armada, restañando heridas en las cámaras y sollados de navíos y fragatas de la Armada Española, todo adornado con una visión realista de la sociedad malagueña y gaditana de esa época».

Esta obra es el primer libro de una trilogía que se continuará, según anuncia el autor, con un segundo que llevará por subtítulo «Los años terribles» en las que Don Pedro Ruiz de la Fuente y Gallardo continúa sus memorias durante el reinado de Carlos V y Guerra de la Independencia.

«El camino de la vida», que es la supuesta transcripción del diario o memorias del protagonista, se inicia durante la infancia del mismo con un ameno cuadro costumbrista de la Málaga del siglo XVIII, para continuar después con el ambiente estudiantil

Canivell, Villaverde, Lubet, Salvarrosa, Lacomba. El doctor Alcalá nos da de estos personajes, que figuran en las biografías de médicos españoles ilustres, un retoque vivificador y humano, retratándoles en su físico, carácter y reacciones.

En ese período del Colegio de Cádiz, los buenos alumnos eran premiados con un viaje de estudios a centros médicos del extranjero, el colegial Don Pedro Ruiz de la Fuente, obtuvo una beca para ampliar sus conocimientos en Escocia y en Inglaterra; el autor de la novela nos da una reseña viva del ambiente estudiantil de Edimburgo y Londres y de las personalidades médicas a cuyas lecciones asiste: Sir Williams Cullen en Edimburgo y en Londres los hermanos Williams y John Hunter y al químico Henry Cavendish.

La tercera parte de la novela abarca los años del 1877 al 1883, en los que el protagonista figura como Médico - Cirujano de la Real Armada de su Majestad el Rey Carlos III, en ese período histórico de la Marina de Guerra española de la más esperanzadora grandeza, tristemente malograda, iniciando su aventura marinera y bélica en las fragatas Constanza y Santa Cecilia, a las órdenes del gran Don Antonio Barceló, con la misión de limpiar el Mediterráneo de piratas argelinos; en el sollado de su fragata, tras los combates de apresamiento de una polacra argelina, amputa miembros, restaña heridas y aplica su saber médico a mitigar los sufrimientos de los combatientes.

Más adelante el protagonista traslada nuestro personaje al imponente navío Santísima Trinidad, ciento treinta cañones, que enarbola la insignia del Jefe de la Escuadra española D. Luis de Córdoba y que junto con una flota francesa, el pacto de familia se ponía en vigor, habían iniciado las hostilidades contra Inglaterra, encaminándose al mar del Norte con propósitos de infligir un justo castigo a los ingleses y tal vez realizar lo que no pudo conseguir Felipe II, invadir las Islas Británicas; vacilaciones en los mandos español y francés y lo más grave, una terrible epidemia obligó a la flota a recluirse en Brest, con muchos miles de enfermos de «fiebres pútridas» y escorbuto, y en Brest tenemos a nuestro protagonista y a Don Francisco Canivell no usando los instrumentos de cirugía, sino su saber médico y sus conocimientos de las enfermedades de los hombres del mar, para mitigar las penalidades de las tripulaciones, de aquella numerosa es-

cuadra. No cesan aquí los avatares bélicos, pues este joven Médico - Cirujano de la Real Armada de S.M. es destinado al navío Fénix, otra joya de la Marina Española, barco que trajo al Rey Don Carlos III, cuando a la muerte de Fernando VI vino a España a ceñirse la corona real española. El Fénix, de ochenta cañones, lo mandaba Don Juan de Lángara jefe de la escuadra que debería impedir que la inglesa del almirante Rodney abasteciera Gibraltar, cerrándole el paso por el estrecho. Las circunstancias le fueron adversas y el combate del Cabo Santa María en el que fue herido Lángara y apresado el navío Fénix es descrito en las supuestas memorias del Médico - Cirujano Don Pedro Ruiz de la Fuente que vivió la batalla y la observó por ese periscopio humano que es la enfermería del navío en los combates y abordajes navales, como lo es el Puesto de Socorro del Batallón en los combates de tierra.

Don Juan de Lángara, personaje histórico y nuestro médico - cirujano

ente ficticio, fueron conducidos a Gibraltar.

Siguen los avatares bélicos de nuestro protagonista; libertado de Gibraltar, es destinado a la escuadra que reconquista Menorca y más adelante a las fuerzas que bloquearon Gibraltar y por último a las baterías flotantes, ingenizadas por el francés Jean Claude Michaud D'Arçon desde las que se quiso batir y asaltar los baluartes de la Roca. Nuestro protagonista fue herido y volvió a ser prisionero de los ingleses.

Con este episodio, los años de vida, como médico de la Marina terminan. Nuestro protagonista se retira del servicio de la Armada y el Dr. Alcalá pespunta otro episodio curioso, cívico - militar o administrativo: la revalidación del título de Médico - Cirujano, obtenido en el Colegio de Cádiz y no reconocido por el protomedicato de la Corte, ni por las autoridades malagueñas. Hace intervenir al propio monarca Carlos III por intermedio de su cirujano de cámara, Don Antonio Gimbernat, antiguo colegial de Cádiz, más tarde profesor del Colegio de Cirugía de Barcelona, fundado en 1764, según el modelo del de Cádiz, encaminado inicialmente para formar cirujanos del Ejército y que para «librarlo de toda suerte de conexiones con el Protomedicato» según expresión del profesor Escribano García, se puso bajo la protección del Capitán General de Cataluña (2).

Don Antonio de Gimbernat está en Madrid; preparando la creación del Colegio de Cirugía de San Carlos, que aspiraba a que fuese de Medicina y Cirugía, no sin dificultades ni oposición del Protomedicato y de la Universidad. Nuestro protagonista se entrevista con él e incluso ambos tienen una audiencia con su Majestad el Rey Don Carlos III y consiguen que firme, sobre el Real Despacho de Médico - Cirujano de la Armada, una recomendación real: «Es mi voluntad que sea convalidado este título por el Protomedicato» y así fue, aunque dicho en honor del cumplimiento de otras pragmáticas reales, no sin someter al recomendado real a unas pruebas por el Tribunal del Protomedicato del que era miembro el propio Don Antonio Gimbernat.

Pero ciertamente, en la creación literaria de Antonio Alcalá, no hay sólo estudios y combates navales; hay además vida familiar, social y humana, con sus conflictos y su tanto de intriga, e incluso una pizca del vibrar erótico de la adolescencia y del amor de la juventud.

No soy crítico literario, pero aparte del rigor histórico, fácilmente comprobable (4 y 5) la novela del Dr. Alcalá está bellamente contada. Y la creemos merecedora de los más altos galardones. Y como decíamos al principio de este artículo de recomendable lectura para los médicos de la Armada.

BIBLIOGRAFIA

1. HUERTAS GARCIA-ALEJO, R.: La Sanidad Militar en «La Debláque» de E. Zola, *Medicina Militar*, V, 41-1-1985, págs. 77-78.
2. ESCRIBANO GARCIA, V.: «Datos para la Historia de la Anatomía y Cirugía Española», Granada, 1916.
3. RIEUX y HASSENFORDER: «Histoire du Service de Santé Militaire et du Val-de-Grace». *Charles-Lavauzelle*, 1951.
4. CLAVIJO y CLAVIJO, S.: «La Trayectoria Hospitalaria de la Armada Española», Editorial Naval, Madrid, 1944.
5. CLAVIJO y CLAVIJO, S.: «La Orientación de la Sanidad en la Marina de Guerra. El Cuerpo de Sanidad de la Armada a los Médicos Españoles», Madrid, 1944.
6. MONSERRAT, S.: «La Medicina Militar a través de los Siglos». *Imprenta del Servicio Geográfico del Ejército*. Madrid, 1946.
7. BAMB, Peter: «Die unsichtbare Fllage». Th Knauer. München, 1952.
8. SOUBIRAN, André: «Napoleón et un million de morts». *Kent-Segep.* París, 1969.
9. ALCALA LOPEZ, Antonio: «El camino de la vida». Ediciones 29. *Mandri*. 41. Barcelona, 1979.